

## LA LABOR DEL FILÓSOFO

*Ángel Alonso Salas*\*<sup>1</sup>  
*Facultad de Filosofía y Letras*  
*Universidad Nacional Autónoma de México*  
México, D.F.  
*alonsal@hotmail.com*

A: Maharba, Marco y Vanessa.

«¿Como! ¿Teméis que el filósofo os impida filosofar? Algo así puede ocurrir: ¿no lo habéis experimentado? ¿No habéis tenido alguna experiencia así en vuestra universidad? Pero, ¿no escucháis las lecciones de Filosofía?»<sup>2</sup>.

### Resumen

En el presente escrito veremos la función, compromiso y quehacer que tiene para Nietzsche la Filosofía, y en especial, el «filósofo». El ritmo de vida de la Academia, el cumplimiento de ciertos requisitos a instituciones gubernamentales o educativas, de alguna u otra manera desvían o impiden que dicha función se lleve a cabo. Además el ambiente en las aulas, en los congresos y el trato de persona a persona destacan por no llevar la teoría a la praxis, por carecer de un compromiso con la Filosofía y por ser mera «pose», es decir, aparentar que estamos aprendiendo a filosofar, cuando lo único que hacemos es aprender la historia de la Filosofía, cerrarnos a lo que dijo tal autor e impedir el ejercicio filosófico. Este escrito constituye una visión crítica de la enseñanza de la Filosofía en nuestras universidades, es una denuncia que tiene la finalidad de reflejar lo que está sucediendo para tomar una postura y reivindicar la tarea y compromiso que tiene la Filosofía con la sociedad y con uno mismo.

---

\* Ángel Alonso Salas es Licenciado en Filosofía, Magíster en Filosofía, y cursa el Doctorado en Filosofía en la UNAM. Se ha desempeñado como Secretario Técnico de la Revista Signos Filosóficos de la UAM-I y de la Revista Internacional de Filosofía Política (UAM-UNED). Ha participado como ponente en diversos congresos internacionales. Entre sus publicaciones destacan: *Un ejercicio dialógico: Lizeth o algunas consideraciones sobre la vida humana*, en la Revista Logos, Universidad La Salle, México, No. 90. *El Quijote: ¿un memorial de agravios o una vindicación?*, en la Revista Signos Filosóficos, UAM, México, No.5. *La noción de vida y muerte en el Zaratustra*, en la Revista Filofagia, UAQ, No. 4-5; *La historia interminable del mito* en la Revista Dikaiosyne No. 10. Imparte clases de Filosofía en el Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM.

**Palabras clave:** filósofo, Filosofía, compromiso, universidad, ética, educador, profesor, estudiante.

## THE PHILOSOPHIE'S PAPER

### Abstract

What is the paper and compromise of the Philosophie and the «philosopher» according to Nietzsche? The Academy's rhythm of life and the obligatory requirements imposed by some government and educative institutions, difficult real philosopher labor. Therefore, the academy's, congress' and classroom's environment, often don't apply theory to praxis and lack of compromise with philosophie. They apparent to teach how to philosophize but they only teach history of Philosophie and just what an author said. That's why, this essay is a critic vision of bad habits in philosophy's teaching in our universities. Our goal is to show what is happening in order to recover the real function and compromise of philosophie with society and our owns.

**Key words:** Philosophie, philosopher, teacher, student, university, ethic, commitment.

### A manera de introducción

¿Cuántos y cuántas quisimos estudiar Filosofía para encontrar una respuesta satisfactoria a ciertas preguntas que nos inquietaban o que siguen siendo cruciales en nuestras vidas? ¿Recordamos aquellos motivos que nos llevaron a elegir a la Filosofía como aquella «carrera» que iba a satisfacer nuestras necesidades e intereses? ¿Cuántos pensamos que el estudiar la licenciatura en Filosofía nos iba a dar elementos para comprender nuestras vidas; que le daríamos un sentido a la misma; investigaríamos el por qué y para qué de las cosas; sabríamos de dónde proviene el mundo y todo aquello que nos rodea; que reflexionaríamos acerca de lo que es la vida, el Estado, el lenguaje, el arte, la muerte, el Otro, etc.? Recuerdo que éstas y otras inquietudes las compartíamos la mayoría del alumnado de la licenciatura, así como quienes deseaban estudiar Filosofía. Pero, cabría preguntarse ¿qué paso con esa inquietud o asombro filosófico? ¿Qué sucedió y sigue sucediendo en el transcurso de nuestra formación universitaria para que gran parte de nuestros compañeros se cambien de carrera, queden truncados sus estudios u olviden los motivos por los que ingresaron a la licenciatura?

En la Universidad, desde las primeras semanas algunos estudiantes aprendemos que el tener un pensamiento propio es una tarea muy difícil, pues es necesario contar con una serie de conocimientos, elementos y categorías previas. Pero el simple hecho de pensar u opinar de una manera diferente a la del docente en la mayoría de los casos implica una serie de problemas. Un problema constante consiste en que muchas veces, al pretender enseñar a estudiar una tradición filosófica, lo único que el profesor logra transmitir es una visión personal de los problemas filosóficos. Con ello no se le permite al estudiante desarrollar sus propios proyectos, ni elaborar una reflexión propia. Y a eso hay que agregar que cotidianamente muchos profesores en su vida diaria no llevan a la práctica sus enseñanzas, que en ocasiones una buena calificación se consigue con un trato especial con los docentes, a los que se les permite faltar más del 50% a las clases y no se les exige cubrir el plan de estudios. ¿De qué le sirve al estudiante tener un proyecto si no encuentra ningún tipo de apoyo y es rechazado por los supuestos «filósofos». ¿Por qué se le da mayor preferencia a cubrir los requisitos del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) o el perfil de un investigador —aunque sean necesarios— en lugar de elevar el nivel educativo o a la capacitación y actualización de la docencia? ¿Por qué la mayoría de los estudiantes al entrar a clases se sienten superiores y creen que saben todo lo que se ha dicho en clases? Si el entusiasmo por estudiar Filosofía en ocasiones desaparece desde el mismo trato con los compañeros o en el ambiente académico en el que se encuentran, ¿dónde quedó nuestra vocación y nuestro compromiso? ¿Queríamos estudiar Filosofía por convicción o por conveniencia, es decir, por pura «pose»? ¿No resulta paradójico el hecho de que los alumnos se quejen del sistema educativo, siendo ellos mismos los que lo promueven y lo apoyan con sus actitudes —en el momento de la entrega de los trabajos? ¿Dónde está el compromiso personal, ético y social de los alumnos y de los profesores?

Es importante destacar que este ensayo parte de experiencias personales, grupales e institucionales, pero también de una reflexión que elaboró Nietzsche sobre los modelos educativos y los filósofos. Es necesario hacer una aclaración, existe un número muy reducido de profesores y profesoras que en verdad han asumido su papel como guías y promotores del pensamiento filosófico. Son estos docentes quienes deberán ser modelos de educación, instructores y guías. Espero que continúen con esa labor de instrucción y formación, haciéndonos ver nuestros errores y carencias, y, que se conviertan en verdaderos educadores

que promuevan el asombro y la reflexión filosófica. Por tal motivo, este ensayo pretende ser una reflexión general y una crítica constructiva sobre la situación que actualmente encontramos en nuestras instituciones.

Nietzsche dicta unas conferencias tituladas *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, en las que elabora una especie de ensayo en el que se discute sobre la manera en que la Filosofía se ha acercado más a la filología y a la erudición, que a ese amor desinteresado por la sabiduría. Nietzsche por boca del viejo filósofo nos hace reflexionar sobre el carácter descriptivo y repetitivo de cierta forma de filosofar que únicamente acude a las figuras del pensamiento filosófico y se ha dedicado a la interpretación y seguimiento de una tradición específica. Esta visión o *modus operandi*, en la mayoría de los casos impide una nueva concepción de la Filosofía, pues es difícil que la «tradición filosófica» rompa con ciertos supuestos, conceptos y categorías establecidas. En el momento en que el filósofo impide el filosofar, nos percatamos que la enseñanza de la Filosofía se ha convertido en mera divulgación de Historia de la Filosofía. Se ha perdido el asombro, la interiorización, la contemplación, la búsqueda del porqué y para qué de las cosas, etc. La Filosofía al igual que otras áreas del conocimiento, como la literatura, la historia, la antropología, la pedagogía, etc., se han desacreditado y han caído en crisis. Después de un diálogo entre el viejo filósofo, el discípulo, Friedrich y su amigo se percatan de que no todo está perdido, pues es necesario fomentar hábitos de estudio y valores en los jóvenes del bachillerato, para que en la Universidad los docentes sirvan no como aquellos que imponen un pensamiento, sino como guías. Es el momento de volver a los ideales y a los fundamentos de cada materia, del estudio e investigación desinteresada, de recuperar ciertos valores y tradiciones.

En *Schopenhauer como educador* Nietzsche le rinde un homenaje a su maestro Arthur Schopenhauer, pues en él ha encontrado a un verdadero filósofo, es decir, a un espíritu libre. En esta obra, Nietzsche retoma las conferencias que había pronunciado anteriormente y se basa en Schopenhauer para criticar al sistema educativo de Alemania. Dicha crítica es dirigida al sistema educativo y a la Filosofía —en cuanto a sus métodos de enseñanza y actitudes de los docentes—, considero que el día de hoy siguen teniendo la misma vigencia.

Nietzsche considera que un texto es intempestivo en la medida en que desde el pasado se critica al presente con la finalidad de elaborar un posible futuro, es decir, un pensamiento intempestivo es una confrontación entre el pasado y el presente, para vislumbrar un porvenir<sup>3</sup>. En esta intempestiva, Nietzsche acude

a los textos de Schopenhauer para hacer una crítica demoledora a los aspectos comunes de los intelectuales (sabios o filósofos) del momento. Es además un análisis de la caracterización de la Filosofía, no como una mera construcción especulativa de conocimiento o en el plano de la metafísica, sino como una forma de educación. La Filosofía solamente es entendida a través de la educación. A la vez, Nietzsche se percata de que el sistema educativo impide la formación filosófica de los individuos, y provoca a la vez graves errores filosóficos, pues han convertido a la Filosofía en historia del pensamiento. Esta manera de transmitir la Filosofía ha producido un desencantamiento y un hastío en estudiantes y docentes, por lo que es necesario recuperar los ideales del pasado para aplicarlos en nuestro presente y en el futuro, siendo Schopenhauer el modelo de filósofo y educador.

En *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*, Nietzsche elabora una fuerte crítica a la Historia, ya que el estudio de los acontecimientos históricos se basa en un aprendizaje de fechas, personajes y acontecimientos, pero no existe esa vivencia de cada uno de los acontecimientos que se están aprendiendo. Es necesaria la Historia porque es parte de nuestras vidas, pues en la medida en que estudiamos y reflexionamos sobre acontecimientos del pasado, se da una comprensión del presente y se vislumbra un futuro. Pero es necesario que se dé una vitalidad al estudio de la Historia, pues no basta el conocer y citar a los grandes personajes, causas y consecuencias de los acontecimientos, ya que dichos datos constituyeron, están constituyendo y constituirán la cultura a la que pertenecemos. De esta forma, la Historia permite la comprensión de nuestra cultura y por ende de nosotros mismos, por lo que es preciso rescatar dichos elementos. Considero que la crítica que hace a la Historia es compatible con la Filosofía.

1. Antes de comenzar el análisis de la situación de la Filosofía es pertinente reflexionar sobre la formación que reciben los estudiantes antes de entrar a la Universidad. Nietzsche, al comenzar el análisis de la sociedad alemana, se da cuenta de que una de las características de los seres humanos es que «se ocultan tras de sus costumbres y opiniones»<sup>4</sup>. En algún momento de la vida, el ser humano se percata de que es finito y que tiene delante de sí un mundo incomprensible. Cuando se encuentra en esta situación prefiere evitar el pensar acerca de la muerte y del sentido de su vida, por lo que prefiere adoptar un sistema de creencias o una serie de costumbres que le permitan continuar con su vida normal. Dicho con otras palabras, ante la finitud de la vida se

prefiere tener un sistema de creencias que le den seguridad y un motivo por el cual vivir. En el momento en que el individuo evita una reflexión sobre su persona y sobre el sentido que tiene su existencia, adopta un sistema de creencias por comodidad, pereza o por evadir dichos pensamientos.

El ser humano implícitamente ha aceptado una serie de prejuicios, opiniones y creencias que aparentan otorgarle una seguridad ante la pesadez de la vida o de la existencia. Al aceptar el convencionalismo de la vida, se vivirá encadenado a un sistema de creencias (las cuales en el fondo uno mismo no ha creado ni cuestionado), por lo que el individuo se convertirá en uno más de la masa. Nietzsche se pregunta: «¿qué es lo que lleva al individuo a temer a su vecino, a pensar y obrar con el rebaño y a no estar contento de sí mismo? En algunos, pocos y raros, tal vez el pudor. En los más, la comodidad y la inercia»<sup>5</sup>.

Si no estamos acostumbrados a cuestionar, justificar y aceptar ciertas tradiciones, ¿cómo podremos aspirar a filosofar temas abstractos? Con esto no quiero decir que el filósofo debe cuestionarse en cada momento sobre las actitudes, normas y costumbres que adquiere en una sociedad, pues esto nos llevaría a la locura. Pero creo que en ciertos momentos de nuestra existencia es indispensable el «sentarse y reflexionar sobre lo que somos, lo que hacemos, el por qué de nuestras actividades, etc., con la finalidad de buscar un crecimiento como personas», es decir, no debemos tener miedo a estar en contra de una forma única de ver al mundo, pues debemos atrevernos a develar las tradiciones, valores y actitudes que tenemos, con las implicaciones que ellas tienen, para que de esa manera podamos solucionar ciertos problemas. Dicho con las palabras de Nietzsche debemos arriesgarnos a dejar de pertenecer a la masa y a buscar nuestra posición, ser uno mismo, es decir, tomar en serio el proyecto de nuestras vidas y de nuestra existencia.

Nietzsche se dio cuenta de que un sector considerable de la sociedad acepta su condición y su forma de vida por miedo a actuar por sí mismos o de manera distinta a lo que la mayoría dice, o bien, por comodidad y pereza han aceptado una serie de opiniones y costumbres que les indican el porqué y para qué de la vida. La inseguridad de las propias opiniones produce que el estudiante o el docente, en lugar de elaborar un pensamiento o reflexión propia, prefiera entregar un trabajo que sabemos (o creemos) que será del agrado del profesor o cuadre con los lineamientos de la institución. Es decir, por una calificación o un número de puntos, en ocasiones los estudiantes y los docentes hacen trabajos o reportes que no los dejan con una satisfacción (fuera de la calificación o el

número de puntos acumulados) o un conocimiento nuevo que utilice en investigaciones posteriores. También esto sucede cuando los profesores y los alumnos (medianamente racionales y comprometidos con su vocación) se niegan a expresar su opinión, por ir en contra de lo que los demás dicen (cuando se encuentra un amigo entre ellos) o no se atreven a elaborar un trabajo que rompa los esquemas o lineamientos establecidos. ¡No tengamos miedo a hacer Filosofía por nosotros mismos, desde los conocimientos que hemos adquirido!

Es necesario que el ser humano cuestione las costumbres, creencias, juicios y opiniones que posee, para que pueda encontrar el verdadero sentido a su vida y a su existencia, es decir, que enfrente inevitablemente su finitud. Por lo cual, Nietzsche afirma que: «el hombre que no quiere pertenecer a la masa, sólo necesita dejar de comportarse cómodamente consigo mismo y obedecer a su conciencia que le grita: ‘se tú mismo’. Cuanto ahora haces, opinas y deseas, nada tiene que ver contigo»<sup>6</sup>. Nietzsche a lo largo de sus escritos insiste en la necesidad de que el ser humano se conozca a sí mismo y que actúe no sólo conforme a su razón sino también por medio de sus instintos y corporalidad. El ser humano no se puede reducir a la pura razón, es también cuerpo. Se deben abandonar las acciones, pensamientos y deseos que no provengan de su interior sino del exterior. Para que uno deje de pertenecer a la «masa» es necesario que se desencadene de las opiniones y temores que lo atan a los demás o «al que dirán».

En el momento en que uno comience a realizar una introspección es necesario «asumir la responsabilidad sobre nuestra existencia, ante nosotros mismos; queremos, en consecuencia, ser también los verdaderos pilotos de esta existencia, sin permitir que se asemeje a un azar inconsciente»<sup>7</sup>. Pero esta difícil tarea no solamente es una tarea individual sino también del educador<sup>8</sup>, ya que «tus verdaderos educadores y formadores te revelan lo que es el genuino sentido originario y la materia básica de tu ser[...] tus educadores no pueden ser otra cosa que tus liberadores»<sup>9</sup>.

Si compartimos la noción de Nietzsche de que en ocasiones las personas (o nosotros mismos) se dejan llevar por lo que dicen los demás y aceptan una serie de creencias, juicios, opiniones y costumbres porque provienen de una autoridad o por mera comodidad, nos percataremos de que es necesario que cada quien analice el sistema de creencias que posee. En la medida en que confronte su pasado con su presente, elaborará un pensamiento intempestivo, pues romperá con esquemas que anteriormente eran inamovibles.

2. Nietzsche considera que los educadores y en particular los filósofos deben ayudar, no sólo a sus discípulos sino a los que le rodean, a realizar una reflexión sobre cada uno y del mundo en el que vivimos. El filósofo tiene una gran responsabilidad consigo mismo y con los demás: ser el guía del conocimiento, ayudar a que se descubra el genio y que cada quien sea uno mismo. Por lo que cada uno deberá realizar un análisis minucioso de las costumbres, valores y opiniones en los que cree y que la misma sociedad promueve, siendo el filósofo el guía. Pero el filósofo no solamente ayudará a sus discípulos a realizar un discernimiento de los valores y creencias personales, pues no se puede reducir la labor del filósofo a una guía humanitaria o a un director espiritual, sino que tendrá que cuestionar los valores, proponer nuevos modelos educativos; tendrá que contribuir a la investigación en las ciencias y en las humanidades; tendrá que buscar soluciones a conflictos sociales y personales, etc. ¿Alguna vez hemos tenido conciencia de la gran responsabilidad personal y social que tenemos tanto estudiantes como profesores de Filosofía? Creo que es el momento de «tomar cartas en el asunto» y asumir una posición de compromiso ante la Filosofía.

Considero que uno de los graves errores en los que han caído los profesores de Filosofía y los mismos estudiantes ha sido quedarse en la mera investigación de un acontecimiento o en la repetición de una problemática, olvidando la responsabilidad que tienen consigo mismos y con los demás, de ayudar a los estudiantes y docentes a buscar un método propio, para que cada uno desde su perspectiva, desde los acontecimientos que ha visto y conocimientos que ha adquirido, pueda resolver ciertas problemáticas y contribuir por medio de sus trabajos a la investigación filosófica. Es importante poner énfasis en que el filósofo debe de orientar al estudiante, es decir, debe aconsejar, mostrar los pros y los contras, motivar y apoyar al estudiante a desarrollar una idea original, un tema que sea para el alumno significativo. Uno de los graves errores que se han cometido es el de forzar a que el estudiante piense como el docente. Es cierto, el filósofo deberá informar y hacer partícipe a sus colegas y sus alumnos de las investigaciones que realiza en la actualidad, pero no deberá pretender la imposición de un culto a su persona o a su investigación, pues la Filosofía no puede encerrarse en la óptica de un personaje y mucho menos de un único problema. La Filosofía ha heredado a la humanidad una gran diversidad de temas y puntos de vista ¿Por qué tenemos el afán de encerrarnos en un tema y de excluir a aquellos que piensan el mismo tema de una manera distinta?

¿Por qué los profesores se la pasan presumiendo sus conocimientos y se olvidan de enseñar una doctrina filosófica para inculcar el «culto al profesor»? ¿Es bueno que el alumno olvide su vocación y fomente el culto al profesor para obtener un favor o una plaza como asistente?

Esto lo observó Nietzsche pues para él «la educación no es sino liberación»<sup>10</sup> Reflexionemos sobre este punto y seamos conscientes de que nuestra educación no ha sido liberadora, sino represora. Han sido no sólo la mayoría de los filósofos sino gran número de profesores de nivel básico, medio y medio-superior los que han terminado con el carácter liberador de la educación. Ante tal situación que en el siglo XIX se vivía en Alemania (y en nuestro país), Nietzsche propone elementos para que la Filosofía y en general la educación recobren su papel y la importancia que tiene en las sociedades.

Recordemos el diálogo entre el viejo filósofo, el discípulo, el joven Friedrich y su amigo en *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. Cuando el viejo filósofo y su discípulo platican con el joven Friedrich y su amigo recuerdan su estancia en la Universidad. Ellos le hacen ver a los jóvenes que el hecho de que alguien tenga una plaza en la Universidad como profesor del Departamento de Filosofía o Facultad de Filosofía y Letras no representa una garantía para que los alumnos que asistan a clases obtengan grandes conocimientos, ya que la mayoría de los docentes en el momento en que se han instalado como profesores de alguna institución o Universidad, se olvidan de su vocación y únicamente les preocupa el tener una mayor percepción salarial o un prestigio. Podríamos decir que para Nietzsche el preocuparse únicamente por lo económico o por la reputación, impide que el profesor dedique su tiempo a la labor educativa que tiene en sus manos, pues como habíamos visto anteriormente, el filósofo es un guía y en ocasiones es un modelo a seguir.

Pero, el deterioro educativo o la crisis institucional es más compleja, pues no basta una mera dedicación o cambio de actitudes, sino una transformación de los modelos educativos, del seguimiento a los alumnos y a la docencia, a una mayor partida presupuestal, a mejores condiciones laborales y educativas, etc. Nietzsche por medio del viejo filósofo y su discípulo argumenta que:

«En el momento actual, nuestras escuelas están dominadas por dos corrientes aparentemente contrarias, pero de acción igualmente destructiva, y cuyos resultados confluyen, en

definitiva: por un lado, la tendencia a *ampliar* y a *difundir* lo más posible la cultura, y, por otro lado, la tendencia a *restringir* y a *debilitar* la misma cultura. Por diversas razones, la cultura debe extenderse al círculo más amplio posible: eso es lo que exige la primera tendencia. En cambio, la segunda exige a la propia cultura que abandone sus pretensiones más altas, más nobles y más sublimes, y se ponga al servicio de otra forma de vida cualquiera, por ejemplo, del Estado»<sup>11</sup>.

Es necesario que cada uno de nosotros sea consciente de sus capacidades y de sus límites, que fomente ciertos hábitos de estudio para que, a partir del conocimiento de uno, pueda utilizar dichas ventajas y desventajas, encaminadas a su vocación y compromiso consigo mismo y con los que están a su alrededor. Pero en nuestro país se ha pretendido llevar la educación al mayor número posible de habitantes, pero la calidad de los sistemas educativos no es muy satisfactoria. En última instancia, Nietzsche ve que el afán de expansión educativa debilita a la misma cultura, pues solamente se ha educado para los intereses del Estado. Un claro ejemplo de esta confrontación se da en nuestro país con la educación técnica, en la que se forma a estudiantes «al vapor» para que se integren a un mercado o a una empresa. Se han dejado a un lado todas aquellas cuestiones éticas, cívicas, filosóficas e históricas que caracterizan a cada una de nuestras culturas. Nietzsche se percata de que «el objetivo último de la cultura es la utilidad, o, más concretamente, la ganancia, un beneficio en dinero que sea el mayor posible»<sup>12</sup>. Ante esto, ¿cuál es el papel que debemos de tener como verdaderos filósofos?

En el diálogo entre el viejo filósofo y el discípulo encontramos un análisis de la situación educativa de Alemania, pero llega un momento en que el discípulo le cuenta a su profesor que ha tomado la determinación de abandonar la docencia, le comenta que: «piense en lo inútil que debe resultar hoy el trabajo más asiduo de un profesor[...] cuando el mismo escolar una hora después coja un periódico o una novela de moda, o uno de esos libros cultos cuyo estilo lleva en sí el desagradable blasón de la barbarie cultural actual»<sup>13</sup>.

Es decir, llega el momento en que el maestro ha intentado todos los medios para que el grupo del que es responsable en una asignatura se acerque al estudio y a la lectura, pero no ha logrado su objetivo, por lo que se da por vencido y se deja llevar por una apatía y da clases por seguir una rutina. Ante

esta situación el viejo filósofo reprende a su discípulo y le dice que es necesario que surjan los profesores que tengan el interés en cambiar los esquemas educativos, que a través de nuevas ideas, técnicas, el ejemplo y los nuevos medios de comunicación o elementos que ofrezca la misma sociedad el profesor deberá retomarlos y aplicarlos en las aulas. La Filosofía «debe partir no ya de la maravilla, sino del horror»<sup>14</sup>. Es decir, como el asombro de uno mismo o de nuestro entorno ya no implica una reflexión ni un cuestionamiento, deberá ser el horror, la apatía, la mediocridad y el conformismo los elementos por los que el verdadero filósofo cuestione su vida y su entorno, y de esta manera elabore una reflexión y tome una postura determinada.

En la medida en que el ser humano acuda a la Historia, a la Filosofía y al análisis de su persona, podrá llegar a esa educación liberadora. Recordemos que para Nietzsche la Historia tiene que ser transmitida no como una mera memorización de datos, sino que debe de ser una Historia viva en la que estudiantes y docentes se preocupen por su pasado, por las investigaciones y problemas contemporáneos, etc. Es indispensable que la formación en la Filosofía no sea semejante a una narración histórica fría y aburrida, sino que se vea como algo vivo, que nos constituye y nos permite reflexionar sobre una serie de cuestiones como la ética, la política, la estética, etc. Es necesario que la educación haga ver el problema de la existencia a nivel interno y externo. Será el nivel interno la introspección, el descenso a la profundidad de uno mismo y el conocimiento de sí, el que otorgue la Filosofía, pues se dan las herramientas para un trabajo individual y para un análisis detallado de nuestros valores y personalidad. La Filosofía permite conocer las aptitudes y defectos de cada uno y la manera en que éstos permiten la elaboración de un proyecto de vida a nivel personal y social. Cuando la educación solamente sirve como mera instrucción o capacitación en un área laboral permite que el individuo asuma su responsabilidad ante la sociedad y que sea partícipe de la vida social, cultural, religiosa, familiar y económica de una Nación. El Estado brinda las herramientas para que cada uno tenga la posibilidad de cubrir las necesidades primarias de cada ser humano, así como hacer más ligera o placentera su existencia. Es la caracterización externa de la educación la que abre la posibilidad del diálogo, el debate entre posturas y posibles soluciones a problemas, en las que los alumnos y los profesores serán los principales interlocutores.

Pero el problema es que por una parte el Estado solamente se ha encerrado en lo externo, y los filósofos y educadores han impedido que el nivel interno de la

educación produzca sus frutos. Será el filósofo el que tendrá la misión de reconciliar el nivel interno y externo, siendo un guía para ambos caminos. Pero tendrá que dar prioridad al sentido interno de la educación y, por ende, de nuestras vidas, por lo que:

«Las experiencias más notables, más instructivas, más decisivas y más íntimas son las cotidianas, pero que muy pocos son los que entienden como enigma lo que ante todos se presenta como tal, y que a los pocos filósofos auténticos existentes es a quienes van destinados esos problemas — ignorados, abandonados en el camino y casi pisoteados por la multitud»<sup>15</sup>.

Antes de finalizar este apartado me gustaría hacer una aclaración. Es cierto que no todos los estudiantes tienen las mismas aptitudes y capacidades, pero el filósofo tendrá la tarea de ayudar a todos los estudiantes, para que aprendan a filosofar por su propia cuenta, y en especial a aquellos en los que encuentra ciertas aptitudes. El verdadero filósofo tendrá que brindar mayor atención y contribuir con mayor dedicación a la formación de un pensamiento propio, claro y bien fundamentado. Esta no es tarea única del filósofo o de la Institución, sino una actitud (convicción) de estudiantes y profesores, pero han de tener cuidado en no privilegiar alguno de los elementos (Institución o actitud), porque el verdadero filósofo debe saber equilibrar ambas posturas (aunque predomine el aspecto del compromiso desinteresado en la búsqueda de la verdad).

3. Para Nietzsche el gran problema es que la enseñanza de la Filosofía se ha convertido en Historia de la Filosofía. Al estudiante solamente se le enseñan conceptos fundamentales o principales tesis de ciertos filósofos. Se ha olvidado que la Filosofía parte también del diálogo, de un debate, de una reflexión de los acontecimientos anteriores o contemporáneos, de dar una opinión y buscar los fundamentos para sustentarla, de establecer puentes entre diversas áreas o ciencias, etc. En alguna ocasión un compañero irónicamente me comentó en una clase: «deberíamos de tomar clase en la biblioteca o en nuestras casas, pues parece que el profesor está siguiendo el *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora o la *Historia de la Filosofía* de Copleston». Lo más curioso es que dicho comentario era de lo más acertado, pues efectivamente, al consultar dichas obras, las clases que llevábamos estaban plasmadas en dichos libros. La Filosofía al convertirse o impartirse como historia del pensamiento

tiene grandes posibilidades de recuperar los fundamentos e ideales por los que surgió: la búsqueda desinteresada de la verdad, de un conocimiento estable o el de encontrar una respuesta a inquietudes sobre el mundo, el hombre, la muerte, etc. Pero para llegar a tal recuperación es necesario elaborar una transvaloración de la concepción de la Historia. La Historia de la Filosofía no consiste únicamente en almacenar conocimiento del pasado y en recuperar fuentes primarias y secundarias, sino que el estudio de la Filosofía es vitalista, pues a partir de ella comprendemos nuestro presente, desde la introspección del pasado. La Filosofía tendrá que recuperar los elementos históricos para encontrar un apoyo a la solución de sus grandes problemáticas.

Nietzsche es consciente de que «necesitamos la Historia para la vida y para la acción»<sup>16</sup>. Pero la Historia para Nietzsche implica memoria y olvido. Es indispensable que el ser humano tenga la capacidad de olvido, pues «en toda acción hay olvido, de igual modo que la vida de todo organismo no sólo necesita luz sino también oscuridad»<sup>17</sup>. La Historia como se enseña en las instituciones educativas se basa en la memorización de fechas, acontecimientos y personajes. Pero es una Historia que no tiene vida, es una mera recopilación y aprendizaje de datos. Nietzsche considera que la Historia debe servirnos para estudiar y profundizar algunos aspectos de nuestro pasado, para confrontar dichas reflexiones con nuestro presente. Los seres humanos somos seres históricos, por lo que si alguien quiere comprender o vivir su presente inevitablemente tendrá que acudir a la comprensión de su pasado para proyectar un futuro. Nietzsche afirma que es necesario recuperar «ese poder de transformar y asimilar lo pasado y extraño, de sanar las heridas, de reemplazar lo perdido, de regenerar las formas destruidas»<sup>18</sup>. Es cierto que en la formación en Filosofía se deben conocer a los pensadores y a sus teorías, pero no se debe reducir la actividad filosófica a una mera repetición de un autor, sino a la aplicación de ciertas herramientas (que nos dan los mismos filósofos) en problemáticas contemporáneas, o en la discusión de ciertos problemas filosóficos desde otras perspectivas.

Hace mucho tiempo algunos amigos reflexionábamos sobre la situación de la Universidad y de los planes de estudio. Recuerdo el comentario de una amiga: «¿de qué sirve que el profesor «se clave» en la *Ética Nicomaquea* y se la pase todo el tiempo hablando de las virtudes que tienen los seres humanos, si fuera de la clase es un tipo antisociable, intransigente y engreído? ¿Dónde encontramos la coherencia o equilibrio entre su teoría y su praxis?». Es en

este tipo de comentarios en los que podemos ver que hay una conexión entre el pasado, el presente y el futuro. A nivel académico parece que todo funciona bien pero en ocasiones en la vida cotidiana o fuera del aula de clases nos olvidamos de aquello que hemos reflexionado y defendido teóricamente. Es de suma importancia el replantear en las universidades y en coordinación entre profesores y estudiantes, la aplicación e importancia de la ética desde el ámbito personal hasta el ámbito social. Es por este motivo que Nietzsche dice que la Historia es una manifestación de la vida y que la enseñanza debe realizarse con vivificación, para llegar a la liberación de prejuicios y valores sociales. Nietzsche aspira que:

«la Historia no reconozca su sentido en los pensamientos generales, algo así como su flor y su fruto, sino que precisamente su valor reside en parafrasear con ingenio un tema conocido, incluso habitual, una melodía cotidiana, en elevarlo y exaltarlo como símbolo universal y así dejar entrever en el tema original todo un mundo de profundo sentido, poder y belleza»<sup>19</sup>.

¿Cómo compaginar la Historia con la Filosofía? En la medida en que profundicemos sobre un momento histórico o un gran personaje, comprendemos que detrás de cada gran acontecimiento o personaje se encontraba una voluntad de romper con los esquemas del momento, un impulso creativo y una genialidad que permitían que del pasado y del presente se vislumbrara un camino, una vía o un futuro nuevo. En pocas palabras, teníamos una voluntad de vivir confrontándose con la temporalidad histórica. Cuando comprendamos esto, tomaremos a dichos personajes como modelos y, a partir de la situación y medios que tuvieron, trataremos de encontrar nuestros propios esquemas, problemas y soluciones. Reconoceremos e incrementaremos nuestra afirmación por la vida (con las connotaciones nietzscheanas que este término implica) y comenzaremos a realizar una auténtica Filosofía (sin olvidar el aspecto ético). Pero es necesario tener precaución con la recopilación de información, pues «el exceso de historia ha debilitado la fuerza plástica de la vida, porque ha dejado de comprender el servicio del pasado como un alimento vigorizante»<sup>20</sup>.

4. La pregunta que cabría hacerse en este momento sería: ¿Basta el retomar la Historia y apostar por la liberación educativa? Quedarnos en ese plano sería insuficiente pues nos quedaríamos en el nivel ideológico o reflexivo y no

llevaríamos a la praxis todo lo que hemos aprendido. Nietzsche se percata de que no basta con tener la intención de que la educación —por medio de la Filosofía— sea un instrumento de liberación, pues es necesario acudir a una reflexión seria y profunda de la docencia y el alumnado. De acuerdo a las máximas pedagógicas:

«El educador debe reconocer inmediatamente los dotes más sobresalientes de su discípulo, centrándose acto seguido en ellas de modo que las fuerzas, jugos y rayos solares todos los engrandezcan, para llevar así esa virtud a una madurez y fecundidad. La otra máxima, por el contrario, requiere que el educador fomente, cultive y ponga en relación armoniosa entre sí todas las fuerzas presentes»<sup>21</sup>.

En este punto podríamos cuestionarnos como estudiantes y a nuestros profesores ¿En verdad tenemos los alumnos y los docentes esa disposición para aprovechar nuestras virtudes y defectos? ¿Somos realmente honestos como estudiantes o docentes? ¿La mayoría de los profesores tienen ese carisma de fomentar y cultivar las aptitudes de los estudiantes? En la medida en que encontremos una solución a estas y otras preguntas podremos aspirar a recuperar el carácter afirmativo de nuestra vida y de nuestro aspecto creador en el ámbito familiar, social, artístico, educativo, etc.

A mi parecer, la raíz de la problemática —crisis de la Filosofía— se encuentra en la carencia de una moralidad o de un sistema de valores que en nuestros días parece no existir, ya que «nuestras escuelas y maestros o bien prescinden sin más de toda educación moral, o bien salen del paso con formulismos vacíos: la palabra virtud, que nada ya dice a maestro ni a discípulo, no pasa de ser ya otra cosa que un término trasnochado que apenas suscita la sonrisa»<sup>22</sup>. Ante esto, ¿qué han hecho los filósofos anteriores? ¿Qué haremos nosotros como profesores y alumnos? ¿Qué actitud tomaremos frente a la Filosofía?

En una comida una vez platicaba con una amiga sobre el sentimiento que compartíamos de «no encajar» en la Universidad ni con nuestros compañeros, pues solamente con algunos profesores nos sentíamos a gusto, ya que podíamos platicar sobre algún tema de la vida cotidiana, de un tema o un autor en especial, pues con los demás profesores y compañeros sentíamos una distancia, ya que no teníamos algo en común (fuera de ser humanos y estudiar Filosofía). Transcurrieron varias horas y llegamos a la conclusión de que ese sentimiento

que compartíamos se debía a que teníamos una perspectiva distinta del mundo y de la Filosofía, misma que compartíamos con algunos profesores. Aquellos profesores con los que podíamos hablar y discutir sobre temas contemporáneos y filosóficos eran (y siguen siendo) verdaderos educadores y auténticos filósofos, pues nos han motivado y continúan despertando en nosotros el interés por la Filosofía, tanto en la vida académica como en la personal. Nos han brindado herramientas y elementos para que cada uno de nosotros descubramos nuestras aptitudes y limitaciones. Este tipo de motivaciones y preocupaciones sobre el papel del alumno y del profesor de Filosofía deben discutirse. Es necesario que volvamos a enamorarnos y comprometernos con nuestra vocación. El alumno y el profesor deberán repetir y promover las enseñanzas de los verdaderos filósofos para llegar a ese cambio tan esperado y necesario en nuestras instituciones educativas.

Nietzsche en su *III consideración intempestiva*, busca un «filósofo como educador que sea capaz de elevarme por encima del malestar de nuestra época y de enseñarme, a la vez, a ser de nuevo *honrado* y *sencillo*, tanto en el pensamiento como en la vida, o lo que es igual, intempestivo»<sup>23</sup>. Para Nietzsche, Schopenhauer es el auténtico filósofo y es su modelo como educador, ya que le ha dado un ejemplo. Ese testimonio o ejemplo «debe ser dado mediante la vida visible y no sólo a través de los libros, esto es, a la manera como enseñaban los filósofos griegos, mediante gestos, con el rostro, con la actitud, con los ropajes, alimentos y costumbres, más que con la palabra o la escritura»<sup>24</sup>. Schopenhauer le enseña a Nietzsche, lo que el filósofo debe de transmitir a su discípulo y/o estudiante: a leer el libro de su propia vida y comprender así los jeroglíficos de la vida en general<sup>25</sup>.

Recordemos que para Nietzsche los seres humanos tienen el potencial y cierta creatividad, solo falta que lo descubran y que lo lleven a la práctica. Para Nietzsche «cada uno de nosotros lleva dentro de sí una productividad original, única, que es el núcleo mismo de su ser; y tan pronto como se hace consciente de esta originalidad particular, le rodea una extraña aureola, la de lo extraordinario»<sup>26</sup>. Por lo que, el filósofo deberá ayudar al estudiante a que descubra su potencialidad a través de la reflexión y el ejemplo, por medio de la confrontación entre nuestro pasado y presente, pero sobre todo a través de la interiorización o introspección personal. El filósofo debe «sopesar su tiempo comparándolo con otros y al igual que supera el presente en lo que a él le

afecta, debe hacerlo en la imagen que ofrece de la vida; tiene que hacer imperceptible el presente, pintando, en cierto modo, por encima de él»<sup>27</sup>.

Dicha confrontación debe hacerse a nivel moral, pues «jamás fue el mundo tan mundo, jamás estuvo tan vacío de amor y bondad»<sup>28</sup>. El filósofo como el discípulo deberá reflexionar y contemplar los signos que la sociedad le ofrece y en las que está inmerso, para realizar una interiorización personal e histórica, emergiendo, a la postre, de dicha introspección para confrontar su presente o contexto, mostrando un posible futuro.

La Filosofía para Nietzsche debe basarse en todo lo anteriormente escrito pero, sobre todo, en la siguiente pregunta: «¿cómo adquiere tu vida, la vida del individuo, su máximo valor, su más profundo sentido?»<sup>29</sup>. Tanto profesores y alumnos de Filosofía deberíamos recuperar este sentido afirmativo por la vida y este carácter histórico. Considero que en la medida en que lo realicemos (con seriedad, madurez, honradez y responsabilidad) llegaremos a un conocimiento profundo de nosotros mismos y de nuestra actividad en la Filosofía.

Pero no olvidemos que «un filósofo es [...] no sólo un gran pensador, sino también un ser humano verdadero»<sup>30</sup>, por lo que debemos tratar de ser realistas con nuestras capacidades y limitaciones, y en el momento en que comencemos a creer que el hecho de poseer un título o un grado en Filosofía nos hace mejores personas o más sabios, recordemos que eso no es cierto y que estamos en un gran error. Que nuestra verdadera tarea sea con nuestros colegas y con nuestros alumnos, pues los filósofos debemos ser verdaderos guías.

Estudiantes y docentes deberemos de ser conscientes y responsables de la labor o vocación que elegimos, y confrontar frecuentemente en nuestras vidas y con las cosas «conceptos, opiniones, cosas del pasado, libros, quien ha nacido; pues, en el sentido más amplio, para la Historia, no verá nunca las cosas por primera vez, ni será el mismo una de estas cosas vistas por vez primera. Y estas dos condiciones van inextricablemente unidas en el filósofo, porque debe servirse de sí mismo como imagen y compendio del mundo entero»<sup>31</sup>.

Y para concluir este ensayo, ¿en qué terminó la conversación entre el viejo filósofo, su discípulo, Friedrich y su amigo? Podríamos decir que concluyeron que «en las universidades sólo se enseña la crítica de las palabras con otras palabras, nunca la única crítica de una Filosofía que es posible y que prueba

algo, a saber, ensayar si se puede vivir de acuerdo con ella»<sup>32</sup>. El viejo filósofo y su discípulo, al percatarse de su responsabilidad como educadores, acuden al bachillerato y a la Universidad a recuperar el valor y la dignidad de la Filosofía no sólo como una asignatura —en nuestros días, una licenciatura— sino como una forma de vida. Friedrich y su amigo, se convencen de la labor, función y responsabilidad que tienen como estudiantes.

Considero que tanto el filósofo como el estudiante deberán asumir su papel y responsabilidad en todas las esferas de la vida pública y privada en las que se encuentren, pero tendrán que tener en cuenta que la instrucción que reciben —o han recibido— «debe servir con vistas a esa autonomía: el individuo debe congratularse de sus opiniones y de sus fines, para poder caminar por sí solo, sin ayuda de muletas»<sup>33</sup>.

## ANEXOS

### I.

Ángel:

Me permito escribirte aquí mismo mi muy personal punto de vista acerca de lo que acabo de leer correspondiendo así a la dedicatoria del texto en cuestión.

Considero que la problemática que aquí describes se puede dividir en dos partes: la primera corresponde a la falta de un fundamento ético que está ahogando nuestro mundo social y *todo* lo que éste implica, y en eso estoy totalmente de acuerdo contigo. Empero, el segundo aspecto que me parece percibir es que el alumno, aprendiz, discípulo, etc... necesita de alguien que le ayude a descubrir o a acrecentar sus ganas de realizar sus metas, de desarrollar su pensamiento; es decir, requiere de una persona que lo ayude a aclarar sus dudas, que le enseñe a defender y a sostener argumentos propios de manera coherente. Siendo esto así no hay ningún problema y sí una enorme injusticia ante los que apenas iniciamos. Pero, ¿te has preguntado si todos tenemos la capacidad, la aptitud, el intelecto mínimo para ser atendidos? Puede ser que este comentario te moleste pero es lo que a mí me sugirió la última parte de tu ensayo. Y honestamente te digo que no creo que esa consideración se deba aplicar y mucho menos exigir para alguien -por ejemplo- como «x» y «z»<sup>34</sup>. Yo me inclinaría por la necesidad urgente de asesores, filósofos, etc., -una gran variedad de ellos- que tuvieran una firme conciencia ética y un compromiso serio con la Filosofía para atender con el mismo entusiasmo que ellos alguna vez sintieron a los que ahora inician. Yo sé que mi postura puede sonar escandalosa y «pro-discriminación» pero es que yo no creo que «x» merezca la misma atención que el Dr. «w» pueda tener hacia ti, por ponerte un ejemplo. Tal vez suene limitada pero creo sostener una postura en la que las ganas o los deseos que podamos albergar no coinciden en todos los casos con la capacidad intelectual de cada uno de los individuos afectados.

Me gustaría que a mi regreso discutiéramos esto -si lo deseas- con calma para expresarte mis argumentos de manera más clara.

¡Gracias!

Maharba.

II. Respuesta a un «filósofo» en búsqueda de su labor. Atisbos para una posible reflexión *filosófica* posterior

En nuestros días hay profesores de Filosofía, pero no filósofos.

THOREAU

Comparto tu insatisfacción con respecto al medio académico que nos envuelve: esa terrible atmósfera institucional en la que nos desarrollamos – académicamente, claro está. Y lo que más me preocupa, sin lugar a dudas, es esa fuerte tendencia a la *asfixia* personal, es decir, esa fuerte tendencia a la *mutilación* filosófica.

El medio académico en el que nos desenvolvemos es en gran medida, una navaja que mutila nuestras alas especulativas; un freno a nuestras aspiraciones profesionales, o mejor dicho, a nuestras aspiraciones filosóficas. ¿Qué haremos entonces? Por lo pronto, llevar a cabo una *denuncia*; quitar la máscara a aquello que se esconde detrás de lo que se ha querido sostener como «excelencia educativa». En este sentido, tomar a Nietzsche como punto de partida me parece apropiado.

Sin embargo, «el problema» no se limita únicamente al *medio*, a las instituciones, a los espacios educativos, aún cuando éste sea el ambiente propicio para que aquél – el problema – se manifieste. Bien es cierto que es en el ámbito educativo en donde se hace patente el problema, pero puede ser rastreado un poco más lejos, hasta enfocarlo como un problema personal, como un defecto que tiene sus raíces en nosotros – recuerda que a fin de cuentas, la Filosofía es un compromiso personal, una *actitud*, como la llamo yo, o bien, como se ha sostenido desde hace mucho tiempo aunque no ininterrumpidamente, una «forma de vida» – basta recordar a Platón y Aristóteles, que en resumidas cuentas proponían un modo de vida contemplativo (pero una forma de vida al fin y al cabo), pasando por la tradición helenística que proponía este tipo de Filosofía pero ya no como mera contemplación, sino, como forma de vida teórica, es decir, un discurso acompañado de una práctica existencial acorde con la propuesta teórica en cada caso desarrollada (podrías leer el excelente libro de Pierre Hadot, *¿Qué es la Filosofía antigua?*, FCE, México, 1998. En donde el autor describe bastante bien esta situación). Y cómo olvidar al «filósofo» Spinoza, que propondría el máximo compromiso filosófico: el amor al saber por el saber, que conlleva en sí mismo su recompensa y cuyo valor es interno, es decir, que no depende de otros fines para su realización. En pocas palabras, Filosofía para Spinoza es «la alegría de entender». También Nietzsche asume a la Filosofía como compromiso personal: el filósofo como ejemplo de existencia. Y más recientemente Wittgenstein, que asume la Filosofía como

modo de vida: una actividad constante que nos moldea a cada momento, y que es por lo tanto, interminable, entre muchos otros.

Pero haciendo a un lado este recorrido «histórico-doctrinal», sigamos en la búsqueda de *nuestro* problema. Tienes razón al mencionar todas las inquietudes que quizá nos impulsan a estudiar Filosofía: esa capacidad de asombro ante el mundo, ante las cosas, esa inconformidad con *lo que hay*. Y yo en lo personal, recibí mi mayor *lección filosófica* de Wittgenstein, por motivos que no necesariamente viene al caso describir aquí – tal vez algún día te explique mi lección filosófica con mayor detalle, esto es, con *intimidad*. Por el momento, me limito a seguir la línea «general» que tú también adoptaste en tu escrito.

El «ambiente» universitario en el que nos hemos formado – y dudo muchísimo que esto haya sido en realidad lo que ha pasado, aunque no dudo en lo más mínimo que algún tipo de formación se ha dado, aunque no precisamente una *formación fundamental* – visto con más detalle, es una *trampa*. Me explico: nos han inculcado una «formación filosófica» que efectivamente, se traduce a una acumulación de historias doctrinales, a una memorización de nombres importantes dentro de la enorme bibliografía filosófica, e incluso se ha llegado al extremo de hacernos adoptar una postura *ad hoc* con este modo de hacer Filosofía. Yo pregunto, ¿estamos haciendo Filosofía realmente, o bien, nos han enseñado meras doctrinas filosóficas? Al parecer, la formación filosófica «actual» no es más que una acumulación de historias de la Filosofía: una desgastante ejercitación de la capacidad de retención, un *halago a la memoria*.

Y la trampa consiste en que no han logrado familiarizarnos con la Filosofía: no la sentimos como nuestra. Muy por el contrario, somos constantemente cambiantes: algunas veces somos *lo que dijo* Platón, en otras ocasiones quizá sea mejor decir *lo que dijo* Hume, y así sucesivamente. Y en lugar de hacernos verdaderos filósofos – es decir, ser nosotros mismos – somos verdaderos camaleones. No asumimos nuestro compromiso con absoluta seriedad; no nos hacemos *en* la Filosofía, sino que apenas nos hacemos una idea sumamente lejana a partir de los «problemas filosóficos» que la «enseñanza» nos ha comunicado. De ahí que no se haya logrado hacer Filosofía, y más bien todo quede reducido a la discusión, a la manipulación de las «tesis filosóficas», al grado que puede decirse que no somos filósofos: somos *intérpretes* de ellos. Y sin embargo, nos hacen pasar como filósofos: esta es justamente la trampa.

«¿Qué somos entonces?»- alguien podría preguntar con absoluta sinceridad. Y a esto podrían responderse muchas cosas. Por ejemplo, que somos los criados que llegan a limpiar la mesa y que se meten a la boca cualquier sobra que *los señores de la casa*

hayan dejado – y toma en cuenta que para hacer esto se requiere ser cauteloso y actuar con disimulo, es decir, que se tiene que hacer a escondidas. O bien, que somos fieles espectadores del «espectáculo filosófico», en el cual no somos partícipes estelares, por eso somos precisamente espectadores – y nuestra participación se limita a aplaudir y hacer exclamaciones de asombro ante un nuevo acto que se realiza, o en todo caso, echamos al aire una expresión de desagrado y esperamos ansiosamente lo que sigue – ¿no ocurre algo similar a esto cuando aparece una nueva teoría filosófica?. Y este es el momento preciso en el que aparecen los «filósofos»: *los que están a favor* y *los que están en contra* (recuerda que hablo de nosotros, de nuestro problema). Y por esta razón, habría que darse cuenta de que *no estamos precisamente en nuestra casa*, que lo que estamos haciendo es una labor muy secundaria: llegamos cuando todo ya ha pasado, y no nos queda más que lamer lo que los otros han dejado.

Pero no hay que olvidar algo en verdad importante: *la Filosofía no actúa a distancia*. Mientras más se aleja, más fácilmente pierde su fuerza y su encanto, dando como resultado, la aparición de sombras filosóficas, que solamente quedan representadas en *el texto a discutir*: lejanas apariciones que parecen recordarnos al «filósofo», aunque desde muy lejos. Y esto nos coloca en un terreno sumamente árido y prácticamente sin fertilidad alguna. Todo se limita a la *discusión*, y más recientemente, a la *interpretación*, que busca acomodar lo que se ha dicho de una manera *original* – nada más lejos de aquello que puede ser considerado como «auténtico», justamente la autenticidad de nuestra vida. Es tiempo de acabar con la afirmación «soy un intérprete», a favor de la nueva afirmación «ahora pueden mirarme, soy un filósofo – no tengo por qué avergonzarme más, me proclamo auténtico, es decir, me anuncio como Yo. Conozco mi hogar. Entra en mi morada y siéntate, es tiempo de hablar».

Por ahora, la posibilidad creativa está anulada – desde este punto de vista «académico». Sin embargo, al hacer la denuncia, la *posibilidad* de creación parece surgir aunque débilmente. Tan débil, que es muy difícil poder verla claramente, y por eso, es desechada sin ninguna dificultad, ya que al no poder verla, se piensa que no se está dejando nada atrás – pues dicen «no, no era nada, continúa». Como si al escuchar que tocan la puerta acuden a ver quién es, y al abrir, no hay nadie esperando – ahí dicen «no, no era nadie, a lo mejor *imaginamos* los toquidos, prosigamos en lo que estábamos». Pero ya es tiempo de eliminar lo que solamente imaginamos: se necesita poner todo el esfuerzo posible en lograr visualizar aquello que no hemos logrado ver, pero que está ahí presente, en espera de ser rescatado y desempolvado – a nadie se le ocurriría pensar que no tiene corazón tan sólo porque no escucha todo el tiempo sus latidos.

Es este sentido, me parece conveniente citarte lo que dice Gabriel Marcel, «la Filosofía, tomada en su finalidad esencial, no creo que pueda ser considerada más que como una cierta respuesta a una llamada» (G. Marcel, *Filosofía para un tiempo de crisis*, Guadarrama, Madrid, 1971, pág. 19.). En efecto, ya es hora de responder a esa llamada, que no es de larga distancia, que no proviene de lejos, sino que está presente entre

nosotros como aquello que nos grita con desesperación, a pesar de que su voz sea muy débil por el momento. Es nuestro porvenir el que nos llama, pero que apenas ha logrado ser audible y, por ende, perceptible: *nuestro papel* como «filósofos». Y no se trata de un libreto escrito por otras personas – *los dueños del teatro*. Se trata de nuestra propia actuación, del papel que desempeñamos en nuestra vida; el descubrimiento de nuestro escenario: el mundo, el mundo que nos corresponde – nuestra Filosofía a fin de cuentas, y por ende, nuestra condición de filósofos, si es que puede haber alguna. A lo mejor el único papel que podemos desempeñar es el de espectadores, permaneciendo pasivos y sentados ante todo el espectáculo que los «otros» nos ofrecen, con la única posibilidad de ofrecer aplausos o abucheos – tengo que confesar que esta idea me aterra. De ser así, prefiero salirme de la carpa e irme al cine – ahí no se exige participación directa, uno se limita a observar qué es lo que ocurre y ya está, al final, basta con decir «me gustó», «no me gusto», pero ya, no tiene una influencia decisiva en nuestras vidas – por cierto, este no es el caso en Filosofía.

Nietzsche tiene razón al considerar «la educación como liberación». Podríamos decir: «somos unos educados libres», o bien, «es la educación la que nos ha liberado». Pero para ser honesto, creo que esto es mucho pedir – *nunca subestimes al sistema*. Por el contrario, por qué no decir que somos «libremente educados», es decir, «soy libre, pues bien, ahora puedes educarme». Dicho en otras palabras: «soy filósofo, ¿cuál es la educación?». Ya que me parece que al llegar *directamente* a las instituciones, se ha dado un paso demasiado largo – no te olvides de nosotros ¿quién conforma las instituciones, acaso son los reglamentos? ¿y no están conformados estos reglamentos precisamente para sus constituyentes, es decir, los alumnos, en este caso los filósofos?

El problema es de raíz: se trata de un problema personal – no de cada quien – que *implica a cada particular pero en conjunto*, al «filósofo». Por eso creo que Filosofía es *actitud*, una postura ante el mundo, capaz de ofrecer una perspectiva tan fundamental que logra inmiscuirme íntimamente con ella – por eso creo que se trata de una «forma de vida», y esto es justamente una actitud.

Podrás preguntarte, «sí, está bien, pero ¿cómo quieres que sea primero filósofo sin una educación previa?», a lo cual yo podría responder, «¿crees que la educación que has recibido ya te hizo filósofo? – lo dudo mucho». Esto me remite a considerar que el problema – en general – tiene mayores componentes que la mera situación académica, aún cuando éste sea el medio en el que la problemática llega a su punto culminante: es ahí justamente donde nos ahoga y se vuelve por completo insoportable. *La farsa se presenta descaradamente*.

Pues bien, no se nace filósofo, pero ¿cómo se logra hacer filósofo a alguien por medio de la mera educación? La educación no basta, y en este caso – el nuestro – cumple un papel intermediario, ya que nos coloca precisamente entre el engaño (que ella misma nos ha puesto al descubierto) y la desaparición de éste. Para hacer esto, hay que

descubrir la trampa que las instituciones educativas nos han impuesto, está por demás decir que esto puede resultar una tarea muy difícil – pero dicha «trampa» contiene a su vez la solución: salir a través de ella. Y esto es precisamente la «dificultad», pero podría tomarse como una ventaja, ya que pone al descubierto la trampa – tenemos la *oportunidad* de verla ¿por qué no abandonarla? Esta es la ventaja que nos ofrece la paradoja.

Con esto me refiero al reconocimiento de nuestra situación, una situación que por cierto no es en absoluto halagadora, pero que nos puede colocar ante nuestra propia reflexión con respecto al lugar que ocupamos (filosóficamente hablando), en todo este complejo filosófico. Es como estar frente a un espejo, a pesar de que el reflejo que reproduce esté tremendamente distorsionado no es por eso menos real, por el contrario, es aún más preocupante. Por eso creo que se trata de un compromiso personal: asumir nuestro papel, adoptar una actitud. Hacer Filosofía y no solo discutirla; crear identidad propia y no conformarse con la interpretación ajena. No hay por qué dar interpretaciones, tenemos mucho tiempo que dedicarnos a nosotros como para dedicarle nuestro tiempo a los demás – esto podría hacerse pero después, mucho después, o hacer ambas cosas, pero sin descuidar lo más importante: nuestra situación no hay que perderla de vista.

Acuérdate de aquella máxima: «conócete a ti mismo». Con la diferencia de que no conocerás el mundo (aunque sí lo harás de cierta manera), sino que te harás «filósofo».

Aquí llego a un punto decisivo, a saber, la labor del filósofo. Conoce el lugar en el que estás y pon al descubierto la trampa que te han tendido, para que desde ahí, logres adquirir tu compromiso, es decir, que logres hacer tu Filosofía. Hay que aprovechar la situación, que al ser adversa, puede ser a su vez, sumamente benéfica.

Solamente quiero aclararte algo: no digo que no se lean a los demás filósofos o que se rechace toda la Filosofía anterior, no, lo que quiero decir es que no hay que dejarse deslumbrar por ello – y esto es también muy difícil de evitar. Sigue luchando por tu labor, *quítate de una vez por todas la máscara y déjanos ver tu rostro* – solamente así podremos estar tranquilos. Por el momento no puedo hacer otra cosa más que arrojar una advertencia, y estoy seguro de que tu habilidad será lo suficientemente capaz de atrapar lo que he tratado de *avisarte*. Espero que algún día logres salir de la dura prueba a la que tenemos que enfrentarnos todos aquellos que estudiamos Filosofía – pero no soy ingenuo, sé muy bien que la mayoría se desvanecerá sin ni siquiera haberse percatado del engaño en el que estuvieron, y esto los hace ser de cierta manera afortunados, pero más afortunado aquel que ha logrado ver la dificultad y no se atemoriza, sino que levanta la cara y puede exclamar ¡He triunfado! – que tus fuerzas sean invencibles.

Por último, es claro que estamos en una desventaja (si con ello entendemos toda la tradición filosófica), ¿por qué seguir detrás de ellos si la ventaja que nos llevan es

inmensa? Habría que partir de nosotros mismos, de nuestra verdadera posición: sólo ahí estamos en clara ventaja, ya que nadie puede superarte a ti mismo, y tan es así, que ni tú mismo lo consigues – nunca dejas de ser tú mismo, esto lo digo en broma pero también en serio. No hay que tener miedo de ser filósofos, profesores hay demasiados.

M.A.

### Notas

<sup>1</sup> Agradezco a Marco Antonio Camacho, Maharba González, Paulina Rivero y a Vanessa Caballero de Carranza por los comentarios, correcciones y sugerencias que realizaron a este trabajo, así como el compartir una preocupación semejante por el porvenir de la Filosofía. En el apartado de los anexos, el lector encontrará algunos puntos de vista que no se desarrollan en el presente ensayo, pero que fueron fundamentales para la corrección del presente escrito, y con la finalidad de conservar dichos comentarios y sugerencias, me tomé la libertad de incluir dicha correspondencia. El lector que se interese en el problema que se desarrolla a lo largo de este artículo no deberá pasar por alto la lectura de dichas cartas.

<sup>2</sup> Friedrich Nietzsche, *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. Introducción de Giorgio Colli, traducción de Carlos Manzano. Barcelona, Fábula Tusquets Editores, 2000, p. 46

<sup>3</sup> Agradezco al Dr. Óscar Martiarena Álamo, esta forma de entender el pensamiento de Nietzsche, pues en una clase nos explicaba que «desde su presente Nietzsche mira su pasado y apuesta por un futuro». Es importante destacar que por *intempestivo* me refiero a aquella introspección personal que un individuo hace en un momento determinado de su vida, pues a partir de su pasado confronta su presente, con la finalidad de encontrar una solución a la situación en la que se encuentra, lo que proyectaría una especie del porvenir. Recordemos que un pensamiento intempestivo es a la vez una reflexión «fuera de tiempo o inactual», es una crítica a una determinada forma de ver y concebir al mundo, es decir, un *pensamiento intempestivo* es un cuestionamiento de lo que en ese momento impera desde una lucha interna y personal, frute de una reflexión del sujeto.

<sup>4</sup> Nietzsche: *Schopenhauer como educador (III consideración intempestiva)*, edición, traducción y notas de Jacobo Muñoz. Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, p. 25.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>8</sup> Cabe destacar que el querer ser «pilotos de nuestra existencia» es una tarea personal, pero con la ayuda de un verdadero filósofo podemos encontrar nuevos caminos y nuevas posibilidades para guiar nuestra existencia.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>10</sup> *Ibidem.*

<sup>11</sup> Nietzsche, *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, p. 52.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 53.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 145-146.

<sup>16</sup> Nietzsche, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida (II Consideración Intempestiva)*, edición, traducción y notas de Germán Cano. Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1999, p. 38.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>18</sup> *Ibidem.*

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 92.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 135.

<sup>21</sup> Nietzsche: *Schopenhauer como educador*, p. 30.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 39-40.

<sup>25</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 46.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 103.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>33</sup> Nietzsche, *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, p. 147.

<sup>34</sup> Por cuestiones de confidencialidad, no se pusieron los nombres de las personas que se encontraban en la carta.

#### **BIBLIOGRAFÍA:**

- Nietzsche, Friedrich: *Schopenhauer como educador. Tercera consideración intempestiva*. Edición, traducción y notas de Jacobo Muñoz. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva, 2000.
- ———, *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. Introducción de Giorgio Colli, traducción de Carlos Manzano. Barcelona: Fábula Tusquets Editores, 2000.
- ———, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida. Segunda consideración intempestiva*. Edición, traducción y notas de Germán Cano. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva, 1999.